

como éstos para los culpados de un ultraje imperdonable á sus personas. Mas sus compañeros no los juzgaban tan inocentes; los creían reos de lesa nación. Lo cierto es que á un tiempo convictos ante aquel jurado, compuesto por jueces múltiples, de antipatriotas é indecentes, los condenaron por unanimidad á muerte. Un peluquero cojo de aquellas cercanías, y un inválido viejo del próximo cuartel, eran los dos feos viciosos que osaban holgarse con aquellas indecencias en horas tan solemnes y en sitios tan sagrados. El pueblo soberano quería tener también delitos de lesa majestad con los Reyes. Aunque la guardia quiso defender á los dos pobres diablos, se los cogieron de las manos con violencia, y echándoles al cuello una soga, subiéronlos al primer poste allí encontrado, y los dejaron pataleando en la improvisada horca. Allí, sobre las tablas donde todo esto sucedía pusieron los peticionarios desde muy temprana la petición del orleanista Lancls y del republicano Brissot, requiriendo del congreso la destitución del Monarca. Los mismos escalones agujereados por la barrena de los dos tunantes, conducían al ara del altar mayor donde se firmaba el memorial por la nación y contra la monarquía. Los constitucionales, amigos de la estabilidad y de la realeza, estaban airados contra la petición y contra los peticionarios. Imaginaos qué cara pondrían cuando supieron se habían manchado las hojas de aquel documento con la sangre derramada por un pueblo enfurecido. Así proclamaron la ley marcial. Una declaración unánime tras tal proclamación, infligió la marca del reo de muerte á los amotinadores del pueblo. Expedido desde el Congreso un recado al municipio, diciéndole que ardía el Campo de Marte, apresuróse la corporación popular á expedir sus milicias para que restablecieran el orden y castigaran á los culpados.

Estos formaban la petición y no metían ruido. El mismo crimen de ahorcar dos cuitados, porque se divertían cochinamente, fué cometido lejos del campo, y no en sus espacios reverenciados como un templo. Así ascendían los ciudadanos á firmar y bajaban muy tranquilos después de haber firmado, con el orden y la regularidad mayores. Pero en las cercanías más agitaciones. Apenas llegan los primeros milicianos, dirigidos por un ayudante de Lafayette, le hiere un tiro disparado por mano revoltosa. El mismo general hubiera muerto, si no falla el tiro á una escopeta que le apuntaron al pecho desde una barricada recién erigida. Reinaba allí grande hostilidad moral contra el Congreso, que había salvado al Rey, firmándose la petición del destronamiento por millares de nombres, y no había ninguna grande hostilidad material. Eran escasos los revoltosos capaces de agredir al general y á sus ayudantes; los ciudadanos que firmaban y pedían eran todos pacíficos. Sin embargo, decíase á voz en cuello entre los diputados que iban las muchedumbres en tropel desde los espacios del Campo de Marte á los espacios del Congreso Constituyente con ánimo de arrastrarlos á todos como colgaran á los dos infelices. Así apremiaban á la municipalidad para que los defendiese y salvase. Batían á generala los tambores; doblaban á rebato las campanas; armábanse los milicianos y acudían á su obligación; mas

nadie acertaba con lo que sucedía. Fuertes columnas iban desde la casa de ayuntamiento al templo de la federación, cargando sus armas y apercebidas al combate cercano, pues creían el campo de Marte por cien mil bandidos ocupado, los accesos á él fortificadísimos por barricadas inexpugnables. Nada más falso. El cielo sereno, aunque ardiente, correspondía con las almas, también serenas, aunque también ardentísimas. En vez del temido humo de la tonante fusilería, el polvo tenue de los paseos recreativos. Saludos de cabeza, mutuas sonrisas de labios, apretones de manos, comunicación de noticias, comentarios de los hechos corrientes: he ahí todo lo que pasaba en aquel sitio, sobre cuyos espacios batía sus negras alas, el apocalíptico ángel exterminador, que preside los horrores y los espíritus de las discordias en nuestra maldecida tierra. Ninguno de los concurrentes sospechaba lo que le venía encima; todos imaginaban asistir á una fiesta, no á una catástrofe. Pero en cuanto advirtieron el número de tropas desembocando por tres extremos del campo á la vez, arrimáronse al grande altar, y subieron las gradas para descubrir más horizonte, y ver mejor desde allí lo que pasaba. Parecía una especie de pirámide viviente aquella gradería donde se amontonaban al lado de jóvenes paseantes, mujeres, nodrizas con sus chuponcillos al pecho, parejas de casados y de novios, amigos de sociedad y de bando, trabajadores entregados al ocio dominical, seres inofensivos é inocentes. Al fondo de aquella escena ó cuadro, ante la Escuela militar se iba desplegando la milicia de barrios como el barrio de San Antonio; y por el puente de hoy llamado del Sena, entraban el Alcalde Baylli, seguido de su bandera roja, imperceptible por su pequeñez, en la inmensidad de aquel campo. Hecha la intimación legal, una granizada de guijarros cayó en pedrea espesísima sobre los que intentaban innecesarias rendiciones. Un dragón, cayó de su montura derribado á los pies del Alcalde. A este desafío, respondieron los recién venidos con descargas, pero sin apuntar, al aire. Todos los que no habían podido llegar al centro donde se levantaba el altar, corrieron hacia este punto con la ceguedad y la violencia prestadas por el pánico. Y cuando corrían, los milicianos del frente, los tendidos ante la Escuela militar, no dispararon como los de Baylli al aire, dispararon sobre la masa de gentes con la misma serenidad y el mismo certero golpe que si tirasen á una pared. Tras la fusilería contra los agredidos, la caballería, sembrando por todas partes la muerte, y el terror. Una nube de humo envolvió el sitio de la terrible carnicería. Cuando se disipó, la sangre caliente goteaba en las gradas; los cuerpos muertos yacían en montón, los malheridos se quejaban de dolor y de asombro, perseguidos por los ginetes, quienes, ebrios de cólera, los inmolaban en horrible persecución y en infernal cacería. Concluyó este increíble crimen de la municipalidad constitucional cuando no se veía un alma en aquel sitio. Llámese á este motín la matanza del Campo de Marte. Matanza ó no, es lo cierto que cambiara todo el carácter político de la revolución francesa. Cayendo, levantándose Francia en la gestación del mundo social, que dentro de sus entrañas crecía, únicamente contaba ó de-

finía, por el período anterior á tan tremendo caso, los franceses en revolucionarios y realistas. Mas, desde la hora en que pasó tal hecho, desde la hora en que unos revolucionarios firmaban peticiones encaminadas contra los símbolos de otros revolucionarios, y la revolución se fraccionaba en tamaño número de partidos militantes, debía por fuerza venir una explosión terrible de ideas contradictorias, y tras esta explosión terrible de ideas contradictorias, todos los horrores de una guerra civil, agravada con todos los furores de una invasión extranjera.



CAPÍTULO CUADRAGÉSIMO-SEGUNDO

Aceptación del Código Revolucionario por la Monarquía

ADA produjo, sino zozobras nuevas, el ojeo al pueblo en la llanura de Marte. Aquel golpe, asestado por la municipalidad parisiense al incipiente partido republicano, pudo traer consecuencias dolorosas para éste, de haberse originado en un plan sistemático, y haberse propuesto un fin seguro y concreto. Pero nada se intentó en las vías de los dos contrarios procederes que podían seguirse. Vencidos los republicanos, importaba mucho á la corte que no quedasen vencidas tan sólo sus huestes; que también quedasen vencidas sus ideas. Era esto tanto más fácil, cuanto que todos los fautores de la manifestación habían desertado de su puesto, sin que uno solo se contara entre las víctimas amontonadas por los odios del partido constitucional y por sus descargas. Habían redactado aquella petición incendiaria, causa del conflicto; puéstola sobre los altares de la patria francesa en los templos de la libertad universal; y luego, sin asistir á la solemnidad por ellos ideada, ni presenciar el desfile de los firmantes, convocados por ellos, consagrándose cada cual á sus recreos y holgorios dominicales en París ó en el campo. Camilo pasó aquel día de muerte y exterminio consagrado al culto de su amada Lucila; Danton se fué á una quinta de los alrededores, donde residía parte de su familia; no chistó Pétion, tras haber hablado tanto en el viaje, causa de la catástrofe; Brissot desapareció, cuando él había dictado la petición; y el muñidor de la comunidad orleanista, Lasclot, no dijo esta boca es mía; encrespador del motín, se quedó en sus fiestas del Palacio Real, sin dirigir el desarrollo de la protesta, ni sacarle punta de ningún género al popular entusiasmo. Robespierre mismo sufrió